

FALSO, FALSARIO, FALSIFICACIÓN, FALSEAMIENTO\*

JAIME ALVAR.

*Universidad Carlos III de Madrid*

ANTONIO GONZALES.

*Universidad del Franco Condado*

FRANCISCO GÓMEZ.

*Universidad Carlos III de Madrid*

ARYS, 7, 2006-2008, 3-16 ISSN 1575-166X

Novel saber hai atrobat,  
Pot-n'hom conèixer veritat  
e destruir la falsetat:  
serraïns seran batejat,  
tartares, jueus e mant orat,  
per lo saber que Déus m'ha dat.  
Ramón Llull, *Cant de Ramon*

En su frecuente referencia a situaciones históricas, el escritor G.K. Chesterton hace recordar al padre Brown las mentiras surgidas de la garganta de Titus Oates, para desvelar el complot en el que el propio “cura-detective” se había visto involuntariamente envuelto. Por medio de un macabro montaje en virtud del cual se había falsificado su muerte y ulterior resurrección para escarnio de sus hermanos cristianos, el padre Brown se ve en el compromiso de descubrir la impostura, trance en el que menciona las falsedades del falsario<sup>1</sup>. Pues bien, este Oates al que alude Chesterton como precedente del altanero prelado fue un aventurero inglés, hijo de un clérigo anabaptista, que se inventó en 1678 una conspiración papista que habría tenido el objetivo de asesinar a Carlos II de Inglaterra para sustituirlo por su hermano Jaime, de confesión católica. Este último estaría comprometido en el asunto y dispuesto a eliminar a miles de protestantes una vez en el trono. El conocimiento de la supuesta conjura desembocó en una represión anticatólica que culminó con la ejecución de más de una veintena de inocentes, entre ellos Oliver Plunkett, obispo de Armagh, y Edward Coleman, secretario personal del duque de York. Oates no fue descubierto hasta cinco años más tarde, en 1683; ese mismo año fue encarcelado y dos años después era condenado a cadena perpetua. Sin embargo, en 1688 obtuvo la libertad con motivo de la “Gloriosa Revolución” de Guillermo de Orange y murió en 1705<sup>2</sup>.

\* \* \*

\* Este trabajo se inserta en el proyecto de investigación “La Antigüedad en la creación de mitologías políticas y de las conciencias nacionales (siglos XVI-XIX)”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2008-02434/HIST).

1 G.K. Chesterton, *La incredulidad del padre Brown*, Madrid, 1993 (Londres 1926), 28-29.

2 J. Lane, *Titus Oates*, Londres, 1949; J. Kenyon, *The Popish Plot*, Londres, 2001; M. Ashley, *The English Revolution*, Londres, 2001. El texto de la condena de Oates puede leerse en <http://press-pubs.uchicago.edu/founders/documents/amendVIII1.html>

Es evidente que podríamos acumular una vastísima colección de anécdotas de falsarios de toda índole, pero nuestro propósito aquí es aventurar algunas consideraciones de carácter general que sirvan para una reflexión ulterior sobre los términos que se emplean para describir las realidades y las connotaciones que adquieren tales términos.

Como en tantas otras ocasiones, la inteligencia del asunto planteado para este nuevo encuentro de ARYS se puede lograr mediante la aplicación de uno de esos binomios culturales compuesto por contrarios que suelen resultar muy fructíferos. Cuatro conceptos articulan el título de este encuentro que, como decimos, se hace más inteligible desde la dialéctica centro-periferia o, si se prefiere, desde el binomio de Turner: nuclear-liminal<sup>3</sup>. Aún nos atreveríamos a establecer otro foco desde el dúo antagonico, tal vez, el más iluminador en nuestra perspectiva historiográfica; nos referimos naturalmente al binomio dominante-dominado. Éste nos permite analizar el tema desde una experiencia dialéctica más eficaz para comprender los conceptos y su nomenclatura. Palabras y nociones, en efecto, responden a las manifestaciones de la tensión social en las que se establece una relación hegemónica que culmina con la inserción de los significados en el complejo ideológico. Es así cómo desde el caso concreto se elabora el registro conceptual que sirve para definir otras situaciones cuya analogía es producto de la voluntad del dominante. Que se lo digan si no al sarraceno, al tártaro o al judío que entre los locos incluye Raimundo Lulio para llevarlos al bautismo que la sabiduría, triunfadora sobre la falsedad, les va a procurar.

\* \* \*

Falsificar es un acto de autoafirmación. Requiere la capacidad de discernimiento entre lo real y lo deseado, pues cuando se falsea sin intención es como si se ignorara la potencialidad de convertir lo imaginario en realidad posible. Cuestión diferente es que quien falsifica conozca el alcance de su acción. Pero para falsear es necesario tener una intención, en la que estriba el interés histórico-religioso de la falsificación. En realidad, la falsificación sólo adquiere plenitud cuando se analiza en el contexto de la imitación, de la copia, del coleccionismo y de los restantes parámetros en los que se enmarca la reproducción del arte en una determinada época, así como en el contexto de la producción histórica y los elementos ideológicos que subyacen en la acción falsaria. Es decir, que más allá de la falsificación artística, existe una falsificación manipuladora cuyo objetivo es alterar la realidad para aproximarla a los intereses del falsario.

En este sentido, la falsificación por fines lucrativos es probablemente la menos interesante, al menos en lo que se refiere al análisis de quien ejecuta la acción, aunque puede tener aspectos de enorme relevancia relacionados con las circunstancias sociológicas de la falsificación, la capacidad de falsear o falsificar, así como los modelos de la falsificación.

Desde nuestra perspectiva, es mucho más enjundiosa la falsificación de carácter ideológico, es decir, aquella cuya finalidad es reconstruir el pasado con una intención anclada en los significados simbólicos de lo falseado. Y en este caso

3 V. Turner, *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, 1988 (1969).

no es tan importante la consciencia falsaria del creador, cuanto las condiciones culturales en las que se produce la falsificación.

Pero quizá fuera conveniente realizar una primera diferencia entre falsificación y falseamiento<sup>4</sup>. La falsificación constituye un proceso complejo de construcción ficticia; el falseamiento, por el contrario, recurre a una historia preexistente, que queda transformada como consecuencia de la intervención del falsario. En ambos casos la intención puede y suele ser la misma, pero el alcance de la falsificación es mayor, pues requiere una capacidad de abstracción y generalización superior. El daño, sin embargo, que generan puede ser de similar magnitud. Es más, con mayor frecuencia se documenta el falseamiento, pues habitualmente se emplea como argumento definitivo para resolver un dilema o bien, se utiliza para otorgar mayor valía a un interés determinado en un contexto histórico específico.

Luciano Canfora nos remite, en este sentido, a la Grecia clásica y a las falsificaciones con fines políticos, a la «inextricable maraña de falsificaciones» a que daban lugar los discursos oratorios, o a la frecuente «inserción abusiva en la ciudadanía, un delito que en Atenas podía provocar procedimientos judiciales especialmente complicados y sostenidos con tenacidad, ya que, en la ciudad antigua y en especial la de Atenas, la posesión de los derechos de ciudadanía era el máximo bien»<sup>5</sup>. Para el mundo romano véase el caso conocido de la discusión entre los letrados sobre si un individuo, acusado de haber usurpado la ciudadanía romana, debía comparecer ante el tribunal vestido con la toga o con el palio<sup>6</sup>.

Añadiríamos, a su vez, que la verosimilitud de los grandes listados que recuerdan linajes, magistrados o miembros de una institución suelen estar falseados. Cualquier institución que haya adquirido preeminencia a lo largo de la historia no tiene por qué haber tenido desde sus orígenes consciencia de su importancia. Cuando tal institución hace historia de sí misma, recurre con frecuencia a colmar momentos de información eclipsada falseando los documentos. Menos habitual es la invención íntegra de la historia de una institución, lo que constituiría una verdadera falsificación de la realidad.

\* \* \*

4 F. Arnau, *El arte de falsificar el arte*, Barcelona, 1961, 224 ss. Para la reproducción artística en el ámbito en el que nos movemos es trascendental el libro ya clásico de F. Haskell y N. Penny, *El gusto y el arte de la Antigüedad. El atractivo de la escultura clásica (1500-1900)*, Madrid, 1990 (1981); también R. Chevallier, *L'artiste, le collectionneur et le faussaire. Pour une sociologie de l'art romain*, París, 1991, y como complemento anecdótico, las noticias que da C. W. Ceram en *Dioses, tumbas y sabios*, Barcelona, 1985 (1949), 36-39 y 158-159. Por su parte, la filología, ciencia que hace de la veracidad un principio heurístico, cuenta con un arsenal metodológico (epigrafía, paleografía y crítica de textos, fundamentalmente) de gran importancia para el desciframiento de la verdad; ver P. Hummel y F. Gabriel (eds.), *Vérité(s) philologique(s). Études sur les notions de vérité et de fausseté en matière de philologie*, París, 2008. La catalogación de falsificadores, falseadores, imitadores y copistas puede ser relativamente válida para la producción artística y/o documental, pero resiste mal los difusos límites que afectan a la producción de la Historia. Véase como ejemplos E. Gabba, "True History and False History in Classical Antiquity", *JRS*, 71, 1981, 50-62; L. Canfora, *Aproximación a la historia griega*, Madrid, 2003 (2000).

5 L. Canfora, *op. cit.* 32-40. Otros ejemplos de falsificación histórica con fines ideológicos, en J.-M. Bertrand, "Inscriptions dites fausses et Histoire, en Grèce ancienne", *Revista de Historiografía*, 3, 2005, 78-85.

6 Suet., *Claud.*, 15, 2, 4-7.

Pero desearíamos, en este punto en el que parece que la lógica se impone para perfilar los límites que requiere una taxonomía, introducir una reflexión discrepante para lograr que la duda impida la consolidación de un orden artificioso. Es difícil suponer que haya alguien, en la actualidad, que no considere las historias de los dioses como historias inventadas. Historias destinadas a crear un espacio verosímil entre los humanos y lo sobrenatural. Si consideramos la ficción histórica como una forma de falseamiento o falsificación, tendríamos que catalogar los mitos antiguos de la misma manera. Sin embargo, estamos persuadidos de que casi nadie aceptaría poner la Mitología Universal en el mismo saco que los falsos cronicones. Aceptamos que los procesos de construcción en uno y otro caso son bien distintos y que el fundamento cultural que el mito posee en la *Weltanschauung* de una comunidad es radicalmente diferente al que emana de una falsa genealogía. Sin embargo, cualquier teogonía es –entre otras cosas– una falsa genealogía. Si hemos de admitir que el fundamento de la diferencia entre una y otra realización humana es la intencionalidad, no avanzaríamos demasiado, pues los ciclos míticos se construyen por intencionalidades dispares y las falsificaciones históricas responden asimismo a intenciones bien distintas. Si ya desde la Antigüedad existen legislaciones específicas para la “protección de los archivos”, podemos hacernos una idea de la frecuencia y la heterogénea confluencia de motivaciones que llevaban a la acción falsificadora<sup>7</sup>.

No deseamos ahondar en este resbaladizo territorio, nos conformamos con dejar sembrada la duda que en lo concerniente a la falsificación religiosa ha sido reformulada por Richard Gordon en este mismo volumen. Sus interesantes reflexiones nos obligan a ser tremendamente cautos antes de permitirnos emitir un juicio precipitado, pues las cosas no son lo que aparentan. Con una clarividencia que supera los límites de la falsificación religiosa señala Gordon:

“just as the folk-hero’s resistance to the political authorities usually masks a deeper coincidence of interests, so the forger’s subversion of the world of official culture is only apparent. Even the most grotesque forgery may turn out to be a pillar of the establishment”.

E insiste algo más adelante:

“The popular interest in the scandal associated with forgery thus masks a rather conventional view of cultural rules and hierarchies”<sup>8</sup>.

Las ficciones, como ha estudiado Bowersock<sup>9</sup>, habían comenzado casi con la escritura, como se demuestra en el Poema de Gilgamesh, habían continuado en la conformación del imaginario griego, en el que la épica de Homero adquiere carta de naturaleza histórica y culmina con Alejandro, cuyos seguidores entremezclan

7 L. Canfora, *op. cit.* 39-40. Sobre la amplia difusión de falsas historias en la Antigüedad clásica, véase también E. Gabba, *loc. cit.* 54 ss.

8 R. Gordon, “Some Dimensions of Non-Christian Religious Forgery in Antiquity”, conferencia pronunciada el 30 de mayo de 2001 en la Facultad de Clásicas de Cambridge. El autor tuvo entonces la amabilidad de facilitar a J. Alvar el texto que en este mismo volumen publica ahora la revista ARYS.

9 G.W. Bowersock, *Fiction as History. Nero to Julian*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1994.

razón y deseo hasta el punto de que lo inverosímil deja de pertenecer al mundo onírico y se aloja definitivamente en lo creído. De ahí a la novela helenística no hay más que un paso en el que se da cobijo a todas las historias de los hombres divinos y hacedores de milagros<sup>10</sup>. Es ése un universo en el que desean prosperar iluminados de mísera condición, deseosos de abrirse paso en un mundo del que están marginados y que por ello desean modificar con utópicas propuestas. Entre ellos cabe citar a Alejandro de Abonutico, el “falso profeta” de Luciano<sup>11</sup>; al bonzo Peregrino Proteo<sup>12</sup>; al pitagórico Apolonio de Tiana<sup>13</sup> o al mismísimo Cristo, nacido de una virgen según sus seguidores<sup>14</sup>. De todos estos individuos con poderes

10 E. Gabba, en el artículo citado, analiza cómo en la historiografía griega, y especialmente en la época helenística, se entremezclan acontecimientos reales con relatos imaginarios y de milagros. Sobre estos hombres con cualidades sobrenaturales y su momento histórico, la bibliografía es inmensa. El mencionado libro de Bowersock permite introducirnos en el contexto, pero no se puede olvidar: L. Bieler, *THEIOS ANER: Das Bild des “Göttlichen Menschen” in Spätantike und Frühchristentum*, 2 vols., Viena 1935-1936 (Darmstadt 1967); P. Brown, “The Rise and Function of the Holy Man in Antiquity”, *JRS*, 61, 1971, 80-101. Es imprescindible para estos menesteres el magnífico libro de H. Remus, *Pagan-Christian Conflict over Miracle in the Second Century*, Filadelfia, 1983, en el que se analizan los casos conocidos y se integran lúcidamente en su contexto social. Véase asimismo el influyente libro de E.R. Dodds, *Pagans and Christians in an Age of Anxiety*, Cambridge, 1965 y R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in the Empire*, Cambridge Mass., 1967.

11 Este individuo ha sido objeto de una atención extraordinaria: A.D. Nock, “Alexander of Abonuteichos”, *CIQ*, 22, 1928, 160-162; M. Caster, *Études sur Alexandre ou le faux prophète de Lucien*, París, 1938; L. Robert, *À travers l'Asie Mineure: Poètes et prosateurs, monnaies grecques, voyages et géographie*, BEFAR 239, París, 1980; su lúcida visión sobre Luciano de Samosata en 393-436. D. Clay, “Lucian of Samosata: Four Philosophical Lives (Nigrinus, Demonax, Peregrinus, Alexander Pseudomantis)”, *ANRW II*, 36.5, Berlín-N.York, 1992, 3406-3450.

12 R. Pack, “The ‘volatilization’ of Peregrinus Proteus”, *American Journal of Philosophy*, 67, 1946, 334-345; G. Bagnani, “Peregrinus Proteus and the Christians”, *Historia*, 4, 1955, 107-112, quien sin fundamento lo considera esenio ebionita; Peregrino es un cristiano atípico para S. Benko, *Pagan Rome and the Early Christians*, Londres, 1985, 30-53. Éste sería comparable a aquel Aristeas de Proconeso que milagrosamente desapareció de entre los humanos y reapareció después de haber visitado muchos lugares maravillosos del mundo, según contaba Celso (Orígenes, *Contra Celsum* III, 26; probablemente es el mismo de Heródoto IV, 13 ss. Cf. J.P.D. Bolton, *Aristeas of Proconessus*, Oxford, 1962).

13 Este hombre divino vivió en el siglo I y sería objeto de culto tras su muerte; fue afamado por sus dotes proféticas. F.Chr. Baur, *Apollonius von Tyana und Christus. Ein Beitrag zur Religionsgeschichte der ersten Jahrhunderten nach Christus*, Leipzig, 1876 (reimpr. Hildesheim 1966); G. Petzke, *Die Traditionen über Apollonius von Tyana und das Neue Testament*, Leiden, 1970; M. Dielska, *Apollonius of Tyana in Legend and History*, Roma, 1986.

14 H. Van der Loos, *The Miracles of Jesus*, Leiden, 1969; A. Vögtle, “The Miracles of Jesus against their Contemporary Background” en H.J. Schultz ed., *Jesus in his Time*, Filadelfia, 1971; M. Smith, *Jesus the Magician*, N. York, 1978; B. Blackburn, *The Theios Aner and the Markan Miracle Tradition*, Tubinga, 1991. Desearíamos destacar aquí la disputa entre la superioridad de Cristo o Apolonio recogida por Lactancio, *Inst.* V, 3, 9, donde se refiere a la obra perdida de Hierocles Sosiano, gobernador de Bitinia, quien sostenía que, puestos a adorar a un hombre, mejor que Cristo a Apolonio, cuyos milagros habían sido superiores y que llevado a juicio por Domiciano, se esfumó súbitamente ante el tribunal, mientras que Jesús no pudo evitar ser ajusticiado en la cruz. Una comparación global de los contenidos de Luciano con el cristianismo puede hallarse en H.D. Betz, *Lukian von Samosata und das Neue Testament: Religionsgeschichte und paränetische Parallelen. Ein Beitrag zum Corpus Hellenisticum Novi Testamenti*, Berlín, 1961. Para ahondar en todo este problema permítasenos remitir a D.L. Tiede, *The Charismatic Figure as Miracle-Worker*, Missoula (Montana), 1972; G. Filoramo y S. Roda, “Religione Popolare e Impero Romano”, *Studi Storici*, 23, 1982, 110; G. Anderson, *Sage, Saint and Sophist. Holy Men and their Associates in the Early Roman Empire*, Londres-N.York, 1994 y J.A. Francis, *Subversive*

paranormales aún en nuestros días se sigue creyendo en Jesús de Nazaret, pero en el siglo II d.C. todos ellos eran considerados auténticos hombres divinos. La fe en los actuales extraterrestres no es menos ilusoria que la que depositaron los ingenuos habitantes del Imperio Romano que creyeron de veras que Apolonio había sido capaz de resucitar a la hija de un preboste de rango consular<sup>15</sup> o que Peregrino Proteo había resucitado tras incinerarse en Olimpia<sup>16</sup>. Lo increíble se sustrae de la razón y se deposita en la fe, como la venida de los extraterrestres, de modo que no cabe discusión. Quien no cree en las mismas cosas que los guardianes del pensamiento no es más que un pobre infeliz, al que no se le ha desvelado la verdad.

En el fondo, siguiendo los planteamientos de Gordon, estos científicos alternativos estarían mucho más cerca de los intereses establecidos que quienes se oponen a sus patochadas. El historiador preocupado por las condiciones de explotación de sus congéneres en el pasado no puede permanecer impasible ante la falsificación histórico-religiosa que proponen quienes sugieren que en la construcción de las pirámides de Egipto no hubo explotación, sino únicamente tecnología.

\* \* \*

Los intelectuales orgánicos, los administradores de la nuclearidad, se abrogan la potestad de marcar el lugar que le corresponde al otro, al liminal. Y los seguidores de la marca aceptan crédulos la estigmatización ajena que contribuye a la identificación de la posición propia. Los ejemplos son numerosos, pero nos ha parecido adecuado traer a colación dos episodios de los Hechos de los Apóstoles:

“Después de recorrer toda la isla [Chipre] hasta Pafos, encontraron a un mago, falso profeta judío, cuyo nombre era Barjesús, que estaba con el procónsul Sergio, hombre inteligente; éste, convocando a Bernabé y a Saulo, se interesó por escuchar la palabra de Dios. Pero Elimas, el mago (pues así se traduce su nombre), les oponía resistencia, intentando desviar al procónsul de la fe. Pero Saulo, llamado también Pablo, lleno de Espíritu Santo, mirándolo fijamente dijo: “¡Hombre lleno de toda astucia y toda ruindad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No dejarás de torcer los caminos rectos del Señor? Pues mira: la mano del Señor cae sobre ti, y estarás ciego, sin ver el sol, hasta el momento preciso”. Inmediatamente cayeron sobre él la tiniebla y oscuridad, y dando vueltas buscaba un lazarillo. Entonces el procónsul, al ver lo sucedido, abrazó la fe, pasmado ante la enseñanza del Señor”. (*Hech* 13, 6-12)

Los necesitados de poderes especiales abundaban en la época de Jesús y de los Apóstoles para que pudieran manifestar la gloria de dios. Probablemente por ello no se ha dado en toda la historia de la Humanidad una concentración de

---

*Virtue. Ascetism and Authority in the Second-Century Pagan World*, Pensilvania, 1995.

15 Philostr., *Apol.*, IV, 45. Filóstrato escribe la biografía de Apolonio de Tiana a comienzos del siglo III y para ello se vale de la información proporcionada por un tal Damis, uno de los compañeros de Apolonio. Creemos innecesario insistir en el paralelismo que la historia de Apolonio tiene con la de Cristo.

16 Lucian., *Pereg.* 40.

endemoniados tan extraordinaria como en la Palestina de los primeros años de la era.

Pero en la libre competencia de la expresión de los poderes naturalmente eran los elegidos de Cristo los que se llevaban la palma y por ello:

“Muchos de los que habían abrazado la fe iban a confesar y declarar sus prácticas de magia; bastantes de los que habían practicado la magia llevaban los libros y los quemaban en presencia de todos; calcularon su valor y les salió por cincuenta mil monedas de plata”. (*Hech* 19, 18-19).

Evidentemente no se trata de falsarios, ni de falsos magos, sino de derrotados que aceptan la superioridad de la exhibición apostólica.

\* \* \*

En otro orden de cosas, las grandes falsificaciones de monumentos no son en absoluto frecuentes, aunque a veces aparecen y distraen la atención del respetable, como todas las que se vinculan a supuestos aeródromos intergalácticos. Los objetivos histórico-religiosos se logran con falsificaciones más sencillas. Por ello, la epigrafía ha sido uno de los ámbitos más frecuentados por los eruditos deseosos de obtener renombre a cualquier precio o bien, tan convencidos de la bondad de sus criterios, que no se arredraban ante nada para lograr argumentos decisivos y defender sus hipótesis. A tal extremo llega la obsesión del estudioso que el esfuerzo necesario para desenmascarar la falsificación es tedioso, enrevesado, divertido e ímprobo las más de las veces.

Emil Hübner se hizo cargo de una empresa loable: la edición del volumen correspondiente a Hispania para la colección más grande que hasta entonces se había realizado de inscripciones latinas, investigación dirigida por el memorable Teodoro Mommsen. La compilación de documentos recibió el nombre de *Corpus Inscriptionum Latinarum* (*CIL*) y se fue publicando poco a poco en la Academia de Berlín desde 1863. Nunca finalizó la tarea y, de hecho, desde hace unos años la propia Academia ha reemprendido la edición con una revisión sistemática de todos los epígrafes. La diligencia de Hübner fue enorme, de modo que el tomo de Hispania, el segundo del corpus, se editó pronto, en 1869. El interés suscitado por la publicación, el despertar de los intereses anticuaristas y la rapidez del trabajo inicial obligaron a publicar un segundo volumen, un *supplementum* en 1892.

Si nos hacemos eco de todo esto es porque una de las grandes preocupaciones de los editores del *Corpus* fue separar el trigo de la paja, es decir, las inscripciones auténticas de las falsas. Pero fue tal el celo en una época de hiperpositivismo y rigorismo crítico que se dieron por falsos muchos epígrafes que posteriormente se han desvelado como auténticos. Si despiadados falsarios trajeron de cabeza a los epigrafistas decimonónicos, como el famoso napolitano Pietro Liborio, denominado *falsarius celeberrimus* por Hübner, otros se ganaron innecesaria fama por su sospechosa actividad en el límite de lo tolerable, como el vilipendiado Cándido María Trigueros<sup>17</sup>. En los últimos años, algunos estudiosos han dedicado parte de

17 Sobre este interesante personaje: F. Aguilar, *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, Madrid, 1987. Añádase: G. Mora, “Trigueros y Hübner. Algunas notas sobre el concepto de Falsificación”, *AEspA*, 61, 1988, 344-348.

su tiempo y no poca paciencia e imaginación en la recuperación de testimonios válidos, en la confirmación de falsedades e incluso en la explicación de anomalías que provocaron incorrectas apreciaciones. De este modo, las *falsae vel alienae* inscripciones de Hübner han quedado en gran medida *falsadas* según la terminología de K. R. Popper tras la contrastación de las hipótesis con los hechos<sup>18</sup>.

Uno de los estudiosos más significados en los últimos tiempos en esta tarea es José Beltrán, quien con gran tino escribió hace ya algunos años:

“La distintas recopilaciones de epigrafía romana que se hicieron en España desde el siglo XVI en adelante presentan, en muchos casos, abundantes testimonios de inscripciones que son sólo invenciones o falsificaciones. Los partidismos exagerados y los enfrentamientos personales que llevaron a inventar monumentos epigráficos para corroborar tesis históricas, la ignorancia de unos, o el simple deseo de adquirir renombre de otros fueron algunas de las causas que animaron tales tropelías”<sup>19</sup>.

En este espléndido trabajo, Beltrán lograr descifrar la procedencia de la falsedad de una supuesta inscripción, el origen de las ilustraciones que la acompañan y la razón por la que el viajero inglés Carter la localiza allá por 1760 en Teba.

\* \* \*

Y no faltaban escritores de autoridad que defendiesen que era lícito falsear la historia cuando el honor o el interés de la patria lo exigían.

J. Godoy, *Historia crítica de los falsos cronicones*

Otra colección bien distinta es la que corresponde a la falsificación de documentos literarios. A ésta se han dedicado mentes preclaras, entre las que cabe destacar en primer lugar a don José Godoy Alcántara que atendió con estupendo criterio la formación y fama de los falsos cronicones en España<sup>20</sup>. Allí pasa revista a la fraudulenta actividad de falsos y verdaderos eruditos que inventaron el hallazgo de la crónica de Marco Flavio Dextro.

18 Lo que se acaba de indicar en términos lógicos se puede explicar de forma simple a través de un ejemplo trivial: el enunciado de que «todos los cisnes son blancos» es falsado si encontramos un solo cisne negro (si todos los cisnes son blancos, no existe ningún cisne negro y en el caso de hallar un cisne negro el antecedente es falso); pero constatar la existencia de centenares de cisnes blancos no justifica la verdad del antecedente, ya que los casos observados no garantizan la no existencia de algún cisne negro (no permite resolver si el antecedente del condicional es verdadero o no). Esta situación hace que se hable de la asimetría lógica entre la falsación y la verificación: un sólo caso puede falsar una hipótesis, mil casos no pueden «verificarla». Todo enunciado que no admite ser falsado empíricamente no es un enunciado científico, sino una proposición metafísica. K. R. Popper, *La lógica de la investigación científica*, Madrid, 1972, 30.

19 J. Beltrán, “Una inscripción falsa de la *Hypnerotomachia Poliphili* atribuida erróneamente a Teba (Málaga)”, *Faventia*, 9/2 (1987), 119-133.

20 J. Godoy, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868 (utilizamos la edición de la Colección Alatar de 1981).



Para comprender el alcance del asunto conviene recordar que S. Jerónimo había mencionado una historia escrita por su amigo Dextro, hijo de Paciano (*De viris illustribus*, CXXXII). Nada se conservaba de este autor del siglo IV, pero en plena controversia sobre la supuesta venida del Apóstol Santiago a la Península, ocurriósele a un litigante llamado Jerónimo Román de la Higuera, padre jesuita, escribir una historia con la supuesta información hallada en Dextro que le permitía aseverar que Santiago había predicado en España. Pretendía de este modo el jesuita dar por zanjada una larga controversia que había visto el apoyo del cardenal Baronio –encargado por Pío V, tras el Concilio de Trento, de escribir la verdadera Historia de la Iglesia para acallar las voces disidentes de la Reforma Luterana, extremo en el que obtuvo escaso éxito- y la rotunda oposición de la curia toledana, cuyo jefe era el cardenal Rodrigo Jiménez de Rada. En el trasfondo de la contienda estaba el debate sobre cuál de las sedes episcopales había de tener la primacía. Y así mientras Santiago defendía por intereses espurios la llegada del Apóstol, Toledo sentía amenazado su poder por la pretensión compostelana. En la reyerta todo era válido y la falsificación no se consideraba más que un dolo pío destinado a obtener un bien mayor. Pero la supuesta crónica de Dextro resucitada por Román de la Higuera, traía tras Santiago a San Pedro y a San Pablo, de modo que la Iglesia Hispana podía considerarse la más sólida defensora de la puridad cristiana. Señala con acierto Godoy que la muerte de Antonio Agustín y Ambrosio de Morales favoreció el engaño de Román de la Higuera, pues con ellos había desaparecido cualquier atisbo de crítica histórica<sup>21</sup>. Hubo que esperar a que el osado jesuita recabara el apoyo del obispo de Segorbe, Juan Bautista Pérez, pero éste desenmascaró al falsario y su intento quedó abortado en 1594. Baronio se retracta de su afirmación anterior acerca de la llegada de Santiago, pero el afán patrio era más intenso que el tardío rigor eclesiástico. De hecho, la crónica de Dextro, reinventada por el propio Román de la Higuera a comienzos del XVII, llegará a editarse con importante éxito en 1619, gracias al renovado interés suscitado por ciertos hallazgos sorprendentes que tuvieron lugar en Granada y a que entretanto habían muerto tanto Juan Bautista Pérez como Arias Montano, el único que hubiera podido evitar el nuevo desaguisado<sup>22</sup>.

No nos vamos a entretener especialmente en las sorprendentes falsificaciones granadinas, de interés reiterado en los últimos años y para muchos conocidas<sup>23</sup>. Sin embargo, su resonancia merece algo de nuestra atención. Baste saber que a finales del siglo XVI se encontraron en Granada, escalonadamente en el tiempo desde 1588 a 1597, numerosos plomos inscritos. En su mayor parte procedentes al parecer de la Torre Turpiana, así como alguna caja con un papiro escrito y los

21 J. G. *op. cit.*, 17.

22 J. G. *op. cit.*, 129 ss.

23 J.G. *op. cit.*, 44-128; B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto. II. De Ocampo a Solís (1543-1684)*, Madrid, 1944; M.J. Hagerty, *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Madrid, 1980; J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Madrid, 1991, 115 ss.; D. Rodríguez, *La Memoria Frágil. José de Hermosilla y las Antigüedades árabes de España*, Madrid, 1992, 59 ss.; R. Montes, *Falsificaciones arqueológicas en España*, Málaga, 1993.

restos de los mártires. El conjunto de los documentos, 18 en total, certificaba la predicación de Santiago en Hispania y el martirio de algunos de sus discípulos en el monte en el que se produce el hallazgo, que adquiere carácter sagrado y a ello debe su nombre de Sacromonte. Supuestamente los textos están en lengua árabe, pero en caracteres latinos o inventados, los menos están en latín e incluso en castellano, a pesar de que corresponderían a los momentos iniciales del cristianismo. De su contenido habría que deducir que los árabes habitaban ya la Península a la llegada de Santiago y que de tal estirpe fueron sus discípulos de Granada. Además, contienen información sobre las disputas doctrinales candentes en la época y algunas profecías que en parte comenzaban a cumplirse desde el descubrimiento de los documentos. Detrás de la trama falsificatoria se encuentran destacados moriscos granadinos deseosos de despejar las incertidumbres que sus orígenes despertaban en los cristianos, contra los que se había producido poco tiempo antes una importante revuelta que acabó con su expulsión masiva de las tierras alpujarreñas. Los moriscos conversos serían, en definitiva, más antiguos que los cristianos viejos, lo que debilitaba el menosprecio al que estaban sometidos. Pero la iniciativa desbordó las previsiones de los principales artífices de la falsificación, Miguel de Luna y Alonso del Castillo, y terminó convirtiéndose en un asunto de participación colectiva. Como señala Caro Baroja, en el hallazgo de los “Plomos del Sacromonte”:

“intervienen buscadores clásicos de tesoros, moriscos del pueblo, empleadillos, hombres de leyes y de Iglesia y gente piadosa y visionaria. La aparición de los plomos y los restos de los cuerpos de los mártires van acompañados de prodigios, atestiguados por muchísimas personas de toda casta”<sup>24</sup>.

A los intereses de los moriscos se unían los de los señores de la Iglesia que obtenían un prestigio adicional al convertirse Granada en la cuna de la Iglesia apostólica de España, lo que les permitía competir con Toledo, Santiago o Zaragoza en las reivindicaciones de patrocinio. Uno de los textos, además, aludía a la Inmaculada Concepción, de modo que Granada se convertía en paladín del dogma. Por ello se puso a la cabeza de los defensores de la autenticidad de los hallazgos el mismísimo arzobispo de la ciudad, don Pedro de Vaca y Castro.

Juan Bautista Pérez, el obispo de Segorbe al que ya hemos aludido a propósito del falso Dextro de Román de la Higuera, se opuso frontalmente a admitir los documentos y señaló que eran obra de hombres de poca conciencia. También el jesuita Ignacio de las Casas, de origen morisco, arremetió contra los falsarios. Y tanto Arias Montano como el padre Mariana parecen haberse manifestado escépticos sobre la autenticidad de los plomos, según se desprende de la correspondencia mantenida entre el arzobispo de Granada y Román de la Higuera<sup>25</sup>. La disputa se prolongó durante el siglo XVII. A mediados del siglo, uno de los valedores de la veracidad de los plomos, Adán Centurión, Marqués de Estepa, decidió aprender árabe para

24 J. Caro Baroja, *op. cit.*, 117.

25 Cf. E. de Ochoa, *Epistolario Español II*, BAE, LXII, 46 b-47 a (nº XXIV), citado por J.C. Baroja, *op. cit.*, 133. Sobre la incredulidad de Arias Montano, J.C. Baroja, *op. cit.*, 136.

publicar una traducción que vio la luz en Granada, aunque la Inquisición mandó retirarla quizá no tanto por coherencia con la posición tradicional de Roma en contra de los libros plúmbeos, cuanto por la calidad de la traducción<sup>26</sup>.

En cualquier caso, el asunto adquirió tal dimensión que Roma reclamó el traslado de los documentos para que una comisión de cinco intérpretes dictaminara sobre su autenticidad. En 1682 el papa Inocencio XI declara que todos los documentos son ficticios y, en consecuencia, se prohíbe su uso. La decisión condenatoria acabó aparentemente con la cuestión de los Plomos del Sacromonte ante la consternación de la gente de buena fe que había creído en ellos y, en especial, el pueblo de Granada que había hecho causa común en el desafuero. En efecto, lo que en principio parecía haber estado motivado por intereses de moriscos termina convirtiéndose en cuestión esencial para muchos creyentes y patriotas. El asunto de la Torre Turpiana supera, por tanto, los límites de las falsificaciones habituales. Aunque desde el punto de vista teológico, histórico y arqueológico su contenido era indefendible, desembocó en un fenómeno social que afectaba a la fe de un pueblo y a su más rancio sentimiento patriótico. Esos dos factores obnubilaron mentes preclaras que estaban dispuestas con semejantes pertrechos a defender posiciones en batallas bien lejanas.

Pero la prohibición papal no acabó con el asunto. Muchos siguieron creyendo a pies juntillas en la autenticidad de los hallazgos y la ciudad de Granada siguió perseverando en la aparición de un milagro que diera la vuelta a la situación, como habría de ocurrir con las excavaciones de la Alcazaba. Sobre este último episodio del imaginario granadino, a Delfín Rodríguez debemos una reflexión de enorme alcance a propósito de nuestro tema:

“Los restos, auténticos y falsos, pues de todo hubo, no servían sólo para testimoniar la grandeza de un pasado antiguo, y ya sabemos hasta qué punto, sino, sobre todo, para confirmar la autenticidad de un glorioso pasado sagrado. Granada, como habían anunciado a finales del siglo XVI los *libros plúmbeos* y reliquias del Sacromonte, se convertía así en la ciudad de la península ibérica con los primeros testimonios del cristianismo, execrando, a la vez, lo que de herético suponía la presencia islámica en la ciudad durante ocho siglos. La falsificación de restos arqueológicos, confesada por los propios implicados, buscaba la prueba de su autenticidad en la memoria de lo antiguo, en la *fragilidad* de su recreación a través de fragmentos verídicos. El límite entre lo verdadero y lo falso era considerado irrelevante por los protagonistas de las falsificaciones, estrictamente *auténticas*, por otra parte, en cuanto fenómeno histórico, para nosotros”<sup>27</sup>.

\* \* \*

26 Sobre este personaje véase el estupendo libro de J.R. Ballesteros, *La Antigüedad barroca. Libros, inscripciones y disparates en el entorno del III Marqués de Estepa*, Estepa, 2002; para los asuntos que aquí nos interesan léanse especialmente las págs. 67 y ss. La traducción realizada por nuestro voluntarioso personaje es la que emplea Hagerty, al que sigue Caro Baroja.

27 D. Rodríguez, *op. cit.*, 59.

El libro de Caro Baroja es de extraordinaria importancia, no es preciso que nosotros lo digamos<sup>28</sup>. Actualiza el de Godoy y propone una lúcida reflexión sobre la producción falsaria. Sin embargo, las palabras con las que cierra su estudio generan un cierto desconcierto. Aparece en ellas la sorda voz moralizadora del sabio desencantado que, más allá de la honda erudición desplegada en las páginas dedicadas a las vetustas falsificaciones, descubre que su intención es más inmediata. Su objetivo es denunciar las nuevas formas de falseamiento.

Para los viejos falsificadores tiene una tierna palabra exculpatoria:

“De todas maneras, hoy, por muy críticos que seamos, hemos de estudiarlos a ellos, más que a sus obras, con cierta benevolencia o comprensión, pues debieron de ser hombres fantásticos, entusiastas, no malhechores”.

Pero a renglón seguido y antes de poner el punto final a su obra arremete con ímpetu: “Existen en la actualidad otra clase de impostores y tartufos más peligrosos; porque no falsifican datos o hechos, sino que interpretan los auténticos a su modo y para sus fines”. Y concluye de la siguiente manera con la última de sus citas:

“En última instancia, las falsificaciones de las que aquí se ha tratado resultan de mucho menor alcance desde el punto de vista ético que las que parecen haberse realizado por los mismos protagonistas de algunos hechos fundamentales en la historia contemporánea del mundo, si son ciertas determinadas averiguaciones que en años cercanos se han realizado, divulgándose sus resultados en libros como el de Hervé Le Goff, *Les grands mensonges de l'Histoire* (París, 1982)”<sup>29</sup>.

¿Acaso creía de veras don Julio que las mentiras de los falsarios del siglo XVI herían menos a sus bienpensantes contemporáneos que las emitidas por los del s. XX? ¿No había recordado páginas atrás de qué modo polemizaban los propios autores griegos con sus predecesores en la producción histórica?

Si regresáramos al comienzo de esta exposición recordaríamos la distinción que hicimos entre falsificación y falseamiento. El libro de don Julio trata de falsificaciones, mientras que su diatriba final está dirigida contra los falseadores. No caben en el mismo saco. No, el problema que sólo tangencialmente apunta nuestro sabio es de otra magnitud: es, sin duda, el problema de la subjetividad del historiador, dictada por sus presupuestos ideológicos que se enmarcan en el contexto histórico en el que desarrolla su producción.

\* \* \*

Es esta última cuestión sobre la que queremos, finalmente, llamar la atención. Valorar la historiografía basada en construcciones mitográficas a partir de los criterios verdadero o falso no parece que agote las posibilidades de explicar este

28 Sobre nuestro autor: J. Alvar, “Religión y Antigüedad en la obra de Julio Caro Baroja”, en *Memoria de Julio Caro Baroja*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, 193-213; *idem*, “Julio Caro Baroja y la Historia Antigua”, *Revista de Historiografía*, 4, 2006; el volumen entero está dedicado al análisis de la figura y la obra del insigne polígrafo.

29 J.C. Baroja, *op. cit.*, 199-200.

fenómeno. Los historiadores de la Grecia helenística<sup>30</sup> o los de los siglos XVI o XVII no se sirven de la veracidad de los hechos para guiar sus discursos. B. Sánchez Alonso dice que «se sabe, además, de alguno que, contrario a los cronicones, los defendió después por su cargo, lo que indica que muchos consideraron el atacarlos incompatible con sus deberes»<sup>31</sup>. Al P. Mariana no le irritaba tanto que los historiadores incluyeran fábulas en sus relatos, como que éstas estuvieran «mal forjadas y compuestas»<sup>32</sup>.

La cuestión no ha de dirigirse a si los relatos historiográficos están filtrados por el tamiz positivista con el que el historiador de oficio está hoy familiarizado. Ni tampoco debemos aventurarnos a formular juicios sobre la ética de los falseadores. El interés debería orientarse, más bien, a indagar por qué esas historias o relatos, definitivamente falsos, tuvieron amplia difusión, y entrar así de pleno en el contexto histórico en el que se desarrollan. Pues es ahí, al fin y al cabo, en la interrelación entre fenómenos diversos, donde se halla el sentido y la verdad. Los documentos aislados son huérfanos en la Historia.

En este sentido resulta difícil de valorar la falsedad generada por los silencios de la tradición historiográfica, aunque sean bienintencionados; en ocasiones resultan más trascendentes que las falsificaciones explícitas. Y tampoco resulta fácil de evaluar las falsificaciones acogidas favorablemente por los círculos eruditos.

30 E. Gabba, *loc. cit.* 53-54.

31 B. Sánchez Alonso, B. *Historia de la hisotoriografía española*, Madrid, 1944, 161.

32 J. de Mariana, *Historia general de España, la compuesta, enmendada y añadida por el Padre Mariana, con la continuación de Miniana...*, Madrid, 1852, 16

